

LA HISTORIA Y EL TIEMPO

"no hay 'tiempo absoluto', sino que el tiempo es una forma de la existencia, una conexión real."

LEIBNIZ

INTRODUCCION

En la pequeña y lejana población de Montailou, durante los primeros decenios del siglo XIV, los aldeanos medían el tiempo en forma diversa al mezclar elementos referenciales provenientes de la vida diaria con aquellos dispuestos y controlados por la Iglesia, por las creencias pagano-cristianas o, en general, por los ritmos de la naturaleza. Aquellos franceses podían establecer la duración por el tiempo que tomaba decir un padrenuestro o por el tiempo que tomaba caminar un cuarto de milla; así mismo, ellos establecían referencias a momentos diarios con denominaciones tales como "la hora del primer sueño" o el momento en que el gallo ha cantado tres veces. El año, como en toda la cristiandad durante centurias, era medido por lapsos comprendidos entre grandes festividades religiosas. Con todo, los habitantes de Montailou no tenían una conciencia histórica que fuera más allá de eventos realmente cercanos a su presente inmediato. La experiencia que ellos tenían del tiempo, laica y religiosa sin solución de continuidad, no implicaba más percepción de cambio que aquella limitada al evento diario y aldeano.

La expansión de Occidente durante los siglos XV y XVI y el subsecuente tránsito a la industrialización, se vieron acompañados del progresivo y cada vez más preciso adelanto en la medición del tiempo. Las épocas de la clepsidra, del reloj de arena, de los cantos del gallo, de las campanas, de las tercias y vísperas dieron paso a un mecanismo en su origen artesanal: el reloj, mecánico primero y electrónico después. Este tránsito significó, sin lugar a dudas, la transformación del tiempo-vida en tiempo-trabajo o, lo que es igual, el extrañamiento entre vida y trabajo al serles alienado el tiempo.

Henry Ford, el nuevo héroe del sistema fabril contemporáneo, representa no tanto la implantación del sistema en cadena como la imposición del "reloj-registro". La eficiencia como resultado de una mayor producción en una menor duración se logra por medio del control, dominio, del tiempo-movimiento y el ajuste de los ritmos sociales a una disciplina de la máquina y de los índices del mercado. Paradójicamente, la incógnita del futuro para las sociedades industrializadas está atravesada por la necesidad de entender y resolver la alienación del tiempo. El ocio no es ya, en dichas sociedades, un problema de policía (vagancia) o un enunciado peyorativo que la ideología dominante utiliza para transformar el tiempo-vida en

El autor del presente artículo es Director del Departamento de Historia y Geografía. Investigador-docente del mismo departamento, Facultad de Ciencias Sociales y Educación, Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del Seminario de Investigación "Historia Urbana".

“tiempo libre” o descanso entre jornada y jornada de trabajo. El tiempo del reloj mecánico y electrónico generó tanta eficiencia que los poderes de la producción y del mercado tendrán que enfrentar, a riesgo de perder su control sobre los ritmos sociales y disciplinas humanas el problema del sorprendente retorno de las campanas a la vida diaria de los hombres.

El hombre ha percibido el tiempo, en él y en la naturaleza, en múltiples formas. En las épocas remotas, cuando los ciclos naturales no podían ser rotos por el utillaje tecnológico, el tiempo era siempre el mismo, eterno e igual pues era posesión de los dioses y paradigma del acto humano. Lo actual está marcado por el hombre demiurgo, héroe pues se adueña de cronos al someter a su voluntad los poderes del destino, creador de un utillaje tecnológico que ha transformado la percepción en conocimiento. Entre los dos momentos señalados lo que existe es la historia, esto es, el tránsito por el fuego a la metalurgia, por la domesticación a la sedentarización por la observación al conocimiento certero de fuerzas y propiedades que pueden ser dominadas y controladas.

El grado cada vez mayor en la conciencia de dicha percepción está asociada con el progresivo adelanto de las ciencias. La capacidad de transformar y “usar” a la naturaleza en un

sentido determinado y con un fin establecido expresamente por el hombre, lo ha llevado de la percepción instintiva (como cualquier animal) al acto libre sobre las fuerzas de la naturaleza. Así mismo, el progresivo adelanto de las ciencias ha liberado al conocimiento de las fuerzas de lo absoluto. Si para los griegos lo inmutable era el único objeto posible del conocimiento, del renacimiento en adelante (por lo menos para Occidente) la ciencia se ha liberado poco a poco y no sin dolor de las esencias al encontrar que la realidad no era el espejo amorfo de lo inmutable sino la materialización de complejos procesos de relaciones entre elementos sometidos a fuerzas dinámicas.

La distancia entre lo remoto y lo actual, a nivel del conocimiento, marca pues un ascenso de lo humano, si entendemos por éste una capacidad cada vez mayor de dominio sobre la naturaleza. Este ascenso es el que va entre los aldeanos de Montailou y los hombres de una metrópoli que enfrentan con temor la incertidumbre del tiempo libre de dominio; este ascenso es, así mismo, la distancia que media entre Pitágoras y Einstein, contemporáneos en cuanto al uso de la razón lógica y lejanos en cuanto a la capacidad para emplearla; este ascenso es, finalmente, la paradoja del tiempo: ajeno al hombre en cuanto propiedad de la naturaleza y propiedad de la humanidad en cuanto hacedora del futuro.



UNA APROXIMACION AL PROBLEMA

El hombre, en la medida en que ha transformado la experiencia en conocimiento, fue consolidando un concepto que le permitiera entender y aprehender la gran paradoja que plantea la conjugación de permanencia y cambio tanto en el seno de las sociedades como en la de los individuos. Primero los dioses, luego los reyes y, finalmente, los hombre comunes han sido el blanco de la urgencia existencial de medir el transcurso de la permanencia o fijar los hitos del cambio. La necesidad de tal medida, asociada además con el cómputo de las transacciones y el de las posesiones, generó desde muy temprano un mecanismo tecnológico adecuado a tal misión: el reloj, cuya evolución técnica corre paralela con el ascenso del conocimiento en la especie humana.

La elaboración de un concepto es tarea ardua pues su validación está sujeta al mismo transcurso de la existencia humana. El hombre comenzó percibiendo el tiempo en el plano experiencial propio del mundo animal; esto es, el hombre comenzó sintiendo el tiempo. La posibilidad humana de transformar el sentido o la experiencia en conocimiento, mediante la descomposición (análisis) y recomposición explicativa (síntesis) de lo que aparece ante sus ojos como realidad, le ha ido permitiendo ascendentemente penetrar las profundidades de la naturaleza hasta encontrar, al menos parcialmente, sus propiedades y sus fuerzas dinamizadoras. Los conceptos han jugado un papel central en este proceso pues ellos son, a la vez, el mecanismo intelectual que fija y orienta la mirada al tiempo que universaliza lo particular. El conocimiento es, por lo tanto, un diálogo sin fin entre la descomposición de lo concreto y su recomposición en lo genérico.

El tiempo, sin embargo, ha sido y es experiencia y concepto sin solución de continuidad. La conceptualización temprana del tiempo como medida de la sucesión lo ha encerrado en una prisión intelectual de la cual aún no hemos podido salir. La pregunta científica, que se fundamenta en el concepto, continúa utilizando al tiempo como eje vertical del plano bidimensional de coordenadas (el otro es el espacio): su función es fijar el fenómeno en un momento de la sucesión o, en el mejor de los casos, fijar la extensión de la sucesión si se utiliza el mismo plano en una forma más compleja. Pero, qué pasaría si pensáramos que el tiempo es el fenómeno mismo o al menos una parte de él?

UN CONCEPTO DE TIEMPO

Medir el tiempo, percibir el tiempo y conocer el tiempo parecen ser aspectos del mismo problema, pero cuál es el problema? La pregunta por el tiempo es inmemorial. Todos los estudios contemporáneos, desde la astronomía hasta la física cuántica o desde la biología hasta la antropología y la psicología, apuntan a que lo temporal es algo más que un simple instrumento conceptual inventado por el hombre para solucionar un problema particular a la medida del cambio. El tiempo es una de las propiedades de la naturaleza, física y humana, sin más distinción que aquella que separa los principios de la termodinámica de los de la cultura.

Si el tiempo es una propiedad de la naturaleza, su problemática debe estar presente en todos los niveles de lo natural. Las diferencias entre el tiempo astronómico, el tiempo de la microfísica y el tiempo de lo humano parten de la relación que se establece entre las fuerzas dinámicas que generan el movimiento y el nivel de escala en que ellas actúan. La escala, sin embargo, es algo más que una simple medida pues la naturaleza, que es una en cuanto totalidad y por ello siempre factible en el tejido múltiple de las composiciones y de las relaciones, es objeto de fuerzas



dinámicas actuantes o bien en una escala o bien sólo en algunas o en todas ellas. El espacio-tiempo de las fuerzas gravitacionales y electromagnéticas parece quedar en entredicho a nivel microfísico, donde el tiempo tiende a desaparecer (por lo menos como propiedad de la naturaleza que conocemos) o queda regido por los principios de la indeterminación; igualmente, a escala humana, dichas fuerzas además de actuar quedan sometidas a la posibilidad de ser "conocidas", esto es, de ser manipuladas y por ello controladas por otra fuerza que no existe en los niveles macro o micro de la naturaleza: la sociedad en cuanto "inventora" de la ciencia.

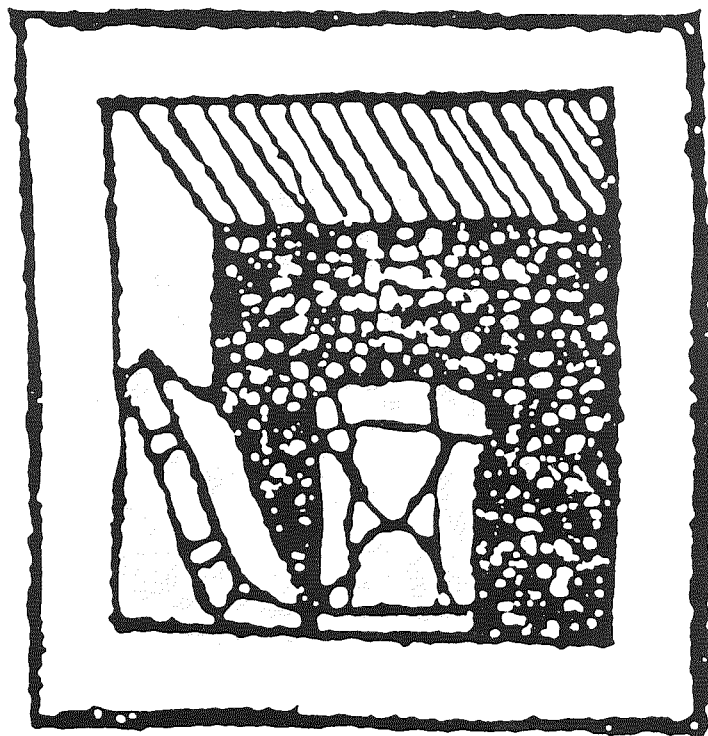
Por ello, si el tiempo es una propiedad de la naturaleza, su problemática debe estar presente en todas las ciencias. La duda sobre el tiempo surge de la característica humana, y solo humana, de poderlo conocer, como resultado de una actividad de conocimiento que denominamos ciencia, a la vez que lo experimenta como homogenización en lo cotidiano y ruptura hacia el futuro. Además, el hombre tiene la capacidad de controlar, como ejercicio de poder, no sólo los ritmos de la homogenización y de la ruptura sino también, en niveles cada vez mayores y como resultado del ejercicio científico, las propiedades y fuerzas de la naturaleza. La conciencia del tiempo es, por lo tanto, algo que define lo humano pero, por ello mismo, lo hace ver a sí mismo como demiurgo o como usurpador del tiempo.

Las variaciones de lo temporal según los niveles de realidad (naturaleza) y la capacidad humana para conocer y, por ello, actuar con y sobre la naturaleza conforman una parte fundamental de la problemática que presenta aquello que denominamos "tiempo". Sin embargo, otro aspecto básico del problema es considerar que si el tiempo es una propiedad de la naturaleza, éste debe ser básicamente el mismo a pesar de las variaciones que presenta en cada uno de los niveles de realidad. En otras palabras, ¿qué es el tiempo?

Investigaciones recientes en el campo de la astronomía y de la física cuántica han demostrado que el Universo no sólo se expande sino que lo hace con un sentido determinado e igual para todas sus partes. Así mismo y a pesar de las críticas a la "historia universal", es innegable la

expansión (como ascenso o progreso) de las sociedades humanas. Todo en la naturaleza, entonces, comparte esta característica y el "desenvolvimiento" a partir de algo inicial marca el punto cero para todo aquello que existe. A dicha expansión la denominamos "evolución" pues se entiende que dicho desenvolvimiento se ha operado por una serie de transformaciones sucesivas y se entrevé que éstas no están libradas al azar. En este sentido, el tiempo ha dejado de ser un simple elemento en el registro de tales transformaciones pues, en la medida que se conocen las fuerzas dinámicas del cambio y la forma como operan sobre lo que existe se erige como concepto que da razón de la propiedad que tiene la naturaleza de expandirse a partir de un inicio, antes del cual ella no es lo que hoy conocemos y con un sentido que se fundamenta en fuerzas y propiedades que le son propias.

El tiempo es, entonces, un concepto que da razón de la propiedad natural hacia el desenvolvimiento o expansión de todo lo existente a partir de un inicio dado. El tiempo no es, por lo tanto, solamente la medida de la duración de un fenómeno; así mismo, el tiempo tampoco es un sinónimo de cambio pues éste señala la transformación y no la propiedad de expandirse mediante transformaciones que tiene la naturaleza en general y la naturaleza social en particular.

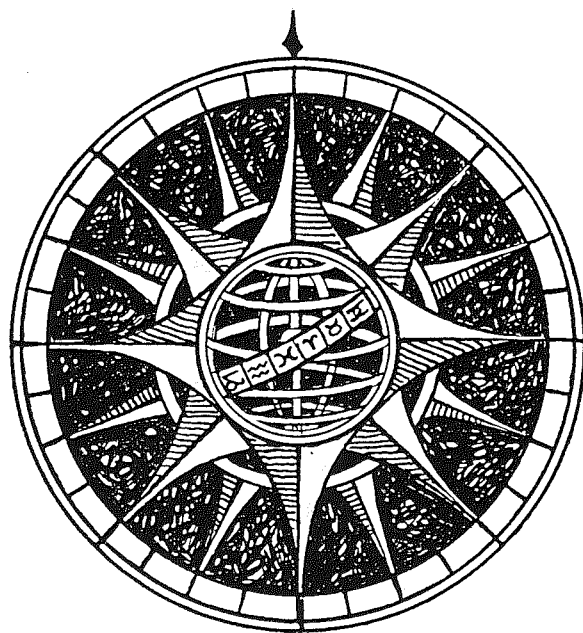


Expansión mediante transformación. Bajo la denominación genérica de "tiempo", esta propiedad de la naturaleza se cumple en todos sus niveles y las variaciones en la forma, debidas a las diferentes fuerzas y a la manera como interactúan en cada uno de ellos, no contradicen la formulación enunciativa de dicha propiedad.

Reformulando el problema inicial, la propiedad expansiva de lo natural es factible de ser hecha consciente por el hombre mediante la actividad humana de conocimiento. La humanidad, tanto biológica como social, se expandirá con o sin conocimiento de dicha propiedad pero, en la medida en que tiene la capacidad de percibirla conscientemente y de conocerla científicamente, será capaz de actuar sobre ella. En este sentido, el hombre puede acelerar, desacelerar, cambiar de sentido y, a escala humana, dar fin no sólo a la propiedad expansiva de la naturaleza social sino, también, al entorno natural inmediato que lo envuelve y del cual partió.

EL TIEMPO SOCIAL

De todos los niveles de lo natural, el social es el que ocupa nuestro campo de interés. Sin embargo, es importante anotar que entendemos por sociedad una forma particular del desenvolvimiento de la naturaleza y que, aunque tiene una forma específica y unas fuerzas que le son particulares, no por ello está liberada de las propiedades y fuerzas básicas del universo.



Restos más antiguos que las más viejas murallas permiten deducir que la especie humana se expandió a partir de un núcleo original. No sólo la herramienta está asociada con los restos más antiguos sino que, además, la característica gregaria de sus formas de sobrevivencia está evidenciada en dichos testimonios. El núcleo original, posiblemente múltiple en cuanto posibilidad real en el proceso evolutivo de los mamíferos superiores pero único en cuanto especie, tuvo entonces como premisa y condición de reproducción la vida en sociedad. Sin embargo, ésto no es único o particular a la especie humana.

Una forma social es humana en la medida en que están dadas por lo menos dos características propias de la manera como en la especie se encarna la propiedad natural a la expansión: la cultura y la tecnología. Ambas son creación del hombre, pero están presentes como posibilidad en el proceso evolutivo que lleva de las sociedades animales a las humanas. La tecnología está presente en la relación que se establece entre cerebro y mano y se desarrolla a partir de la extensión de la mano en el utensilio como efecto de la necesidad de incrementar la potencia humana ante fuerzas muy superiores y siempre peligrosas. La cultura, por otra parte, está presente en la relación que se establece entre cerebro y órgano de la palabra y se desarrolla a partir de la necesidad, primero, de comunicación como requisito de una mayor eficiencia en la vida gregaria y, segundo de transmisión y memoria de lo conocido e inventado. La sociedad humana en su nivel más básico es, por lo tanto, un grupo de seres que aseguran su reproducción y expansión social mediante la cultura y la tecnología.

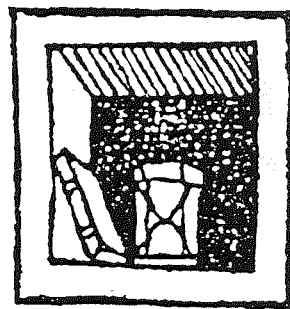
El tiempo social da razón de la expansión de la especie humana a partir de un núcleo original que se desenvuelve mediante la cultura y la tecnología. Cualquier sociedad es posible, sin importar su momento y lugar de origen ni el grado de desarrollo adquirido, porque participa de la forma particular que da la cultura y la tecnología a la propiedad expansiva de la espe-

cie humana. Es interesante constatar, sin embargo, que el desenvolvimiento de esta propiedad es por definición común a toda la especie pero su encarnación es plural y, por ello, no sólo es desigual sino que no corre pareja si comparamos a dos o más sociedades entre sí; además, una sociedad tiene la capacidad de aniquilar, anular, influir o incidir mediante el ejercicio de su cultura y tecnología en la cultura y tecnología de otra u otras sociedades. Estas dos propiedades de lo humano, dadas en forma conjugada (el desenvolvimiento desigual y las relaciones desiguales entre sociedades) son lo que conocemos como "historia".

La naturaleza gregaria de la especie humana hace de lo social el camino necesario para que el desenvolvimiento sea posible en este nivel de la naturaleza. Cultura y tecnología aparecen como condición y fuerza dinamizadora del conjunto: la tecnología como apropiación cultural de la naturaleza y la cultura como mediación entre invento, memoria y uso frente a las urgencias de una apropiación que es condición de la sobrevivencia. Sin embargo, no deja de sorprender, primero, que las variaciones profundas que se constatan entre una cultura y otra no alcanzan a ocultar la igualdad que se aprecia entre las sociedades si las consideramos como sistemas y, segundo, que las igualdades que en lo tecnológico se aprecian entre ellas no pueden opacarnos el hecho innegable de la apropiación y uso desigual que de la tecnología hacen las diferentes sociedades. El desenvolvimiento desigual y las relaciones desiguales entre las sociedades pasan por estas aparentes paradojas.

El desenvolvimiento de la especie humana a partir del núcleo original se desarrolla sistemáticamente. Esto es, el hombre tiene como condición de su desarrollo a la sociedad pero ésta, en cuanto tejido que hila cultura con tecnología, siempre lo hace con base en los mismos ejes articuladores. Toda sociedad, sin importar las diferencias, se estructura con base en el juego que se establece entre mecanismos productivos, relaciones sociales, instituciones, ideologías y creencias. El sistema social es, por lo tanto, un ordenamiento posible de ser múltiple en su forma pero no infinito en cuanto a las posibilidades que se dan entre sus ejes fundamentales. Las desigualdades provienen de las articulaciones estructurales y no de la conformación sistemática de las sociedades. Un sistema social es así la materialización de una estructura específica hecha posible por la forma en que cultura y tecnología se conjugan como resultado de la propiedad expansiva de la naturaleza humana.

Algo similar sucede con la tecnología, sólo que tenemos que incluirla en la formulación al espacio. La apropiación cultural de la tecnología está mediada por el espacio en la medida en que éste enmarca los niveles de respuesta a las necesidades de sobrevivencia o, lo que es igual, de expansión de la especie en general o de una sociedad concreta en particular. La tecnología



conjuga las posibilidades reales de un lugar con el conocimiento (empírico o científico) tanto de ese lugar como de los principios y fuerzas de la naturaleza que son necesarias de manipular para optimizar la sobrevivencia. Las desigualdades en la apropiación tecnológica, por lo menos inicialmente (ésto es, antes que elementos como la conquista o la transmisión por universalización tiendan a disminuir las distancias entre sociedades) provienen de las diferentes posibilidades que ofrece el espacio y las necesidades que éste demanda cumplir como requisito básico para un sistema que tiene como fundamento natural expandirse. Sin embargo, en la medida en que la apropiación de lo natural está mediado igualmente por las propiedades y fuerzas de la naturaleza, toda sociedad si lo necesita, tenderá a "inventar" lo mismo con relación a lo tecnológico. Ejemplos claros son la cerámica y la metalurgia del cobre, del bronce o del hierro.



La igualdad de la naturaleza social a nivel de lo sistemático y sus desigualdades a nivel del ordenamiento y de la apropiación cultural de la tecnología, hacen del hombre un ser abierto a lo múltiple pero no a lo infinito. Los actos humanos quedan así sujetos a lo que podríamos denominar principio de recurrencia. Este principio enuncia la tensión que se genera entre los niveles de lo igual y lo desigual enmarcados por la propiedad expansiva de lo social. Los hombres podrán articular, desarticular o rearticular los sistemas pero siempre el resultado será un sistema social; así mismo, el cambio que proviene de las desarticulaciones o de las rearticulaciones tendrá siempre como dirección una nueva articulación sistemática. La propiedad expansiva está así sometida a unos límites de los cuales no puede escapar.

El principio de recurrencia enuncia una contradicción en la propiedad expansiva de la sociedad. Esta tiende a expandirse por naturaleza, pero, al mismo tiempo, repetirá en la expansión lo que está en el origen de la misma. Cambio y recurrencia quedan así atados a la misma tensión entre los niveles de lo igual y de lo desigual en la sociedad: son los dos polos de una misma relación. De esta manera, la forma como los hombres realicen dichas articulaciones, desarticulaciones o rearticulaciones pasará por mecanismos análogos de cambio social. En la medida en que dicha mecánica del cambio esté librada a la fuerza natural que ejercen la cultura y la tecnología sobre los ejes articuladores del sistema, el hombre marchará al ritmo de una recurrencia que lo sujetará en una férrea prisión histórica; pero, si por el contrario, mediante el conocimiento del principio de recurrencia logra domeñar la mecánica del cambio que subyace a las fuerzas conjugadas de la cultura y tecnología, la acción consciente sobre la desestructuración de un sistema podrá dar lugar a una transformación del mismo.



La transformación, como acción consciente del hombre sobre el principio de recurrencia y los límites de la mecánica del cambio, transforma en histórico el proceso evolutivo que enmarca los ritmos expansivos de la naturaleza. El tiempo social es, entonces, tensión entre los niveles iguales y desiguales de la sociedad con relación a la propiedad expansiva que la caracteriza.

LA HISTORIA Y EL TIEMPO

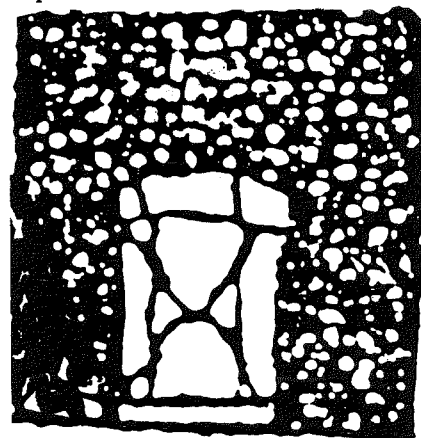
La historia y el tiempo han estado asociados desde siempre. El hombre, al percibir y experimentar la propiedad expansiva de su naturaleza, ha vivido un proceso que va del culto fundado en el arquetipo fundador a la medida, como primera liberación y establecimiento de la memoria de un transcurso fundado en el sentido de futuro. Durante todo este proceso, mediado por el ascenso del conocimiento, la historia se ha transformado de narración de la sucesión en explicación de la dinámica de los ordenamientos sociales. El concepto tiempo tiene ahora la posibilidad de formular preguntas tendientes a desentrañar las fuerzas que movilizan articulaciones y desarticulaciones: mecánica de la permanencia y del cambio, de la igualdad y la desigualdad, de la recurrencia y de la expansión. La Historia es, por lo tanto, una especialización del conocimiento capaz de aprehender y explicar la propiedad expansiva de la naturaleza social de la especie humana; propiedad que denominamos tiempo.

La igualdad entre historia y tiempo social puede ser visualizada si retornamos a la imagen del plano de coordenadas. Este, según las consideraciones anteriores, ya no sería un plano bidimensional pues tendría que dar razón de un tiempo y un espacio reformulados desde la dinámica de la expansión y no ya de la medida de un transcurso ni de la simple espacialidad del fenómeno humano. El plano de coordenadas, en este caso, estará conformado por tres ejes, perpendiculares entre sí, que dan razón, el ver-

tical, del tiempo como tensión entre recurrencia y transformación; el horizontal, del espacio como adecuación mediante el uso y el conocimiento; y, tercero, el eje de profundidad, que da cuenta de la relación entre cultura y tecnología como forma propia de la especie humana de fundamentar las articulaciones sistemáticas. Una sociedad cualquiera queda expresada, entonces, por una relación densa que manifiesta múltiples aunque no infinitas articulaciones entre los tres ejes del "volumen" social.

Una relación densa formula el ordenamiento social en términos de una dinámica impulsada por la articulación posible entre dichos ejes. En otras palabras, esta dinámica, que obedece por naturaleza al juego simple de expansión y recurrencia, está atravesada, primero, por la apropiación que desde lo cultural y tecnológico hace un grupo humano de la recurrencia y de las adecuaciones espaciales; segundo, por los límites que las adecuaciones espaciales encuentran en la recurrencia de las formas culturales y tecnológicas; tercero, por la transformación que resulta de la acumulación de tensiones sobre la recurrencia bajo la mediación de las adecuaciones y de las apropiaciones culturales y tecnológicas; cuarto, en fin, de los límites que imponen la recurrencia y la adecuación espacial sobre la cultura y la apropiación tecnológica.

Una relación densa enuncia, así mismo, las características y posibilidades básicas de un ordenamiento social. La causalidad no depende, por lo tanto, del juego libre de articulaciones estructurales bajo el principio de la independencia de los niveles sociales; aceptar que la política no está sobredeterminada por la economía no salva el problema de qué es lo que hace inevitable que economía y política siempre tengan que articularse. El ordenamiento social es, por lo tanto, un producto. La causalidad del



ordenamiento se encuentra en otro lugar, el de los ejes que dan forma al "volumen" social, pues el juego entre ellos hace del principio de expansión una realidad históricamente dada. La causalidad, en este sentido, es también densa pues expresa un impulso de la dinámica social a partir de dicha articulación; el impulso, por su parte, delimita y da sentido a la capacidad que tiene la especie humana de domeñar el propio principio de causalidad.

Finalmente, la relación densa nos permite entender por qué el principio de expansión, a escala humana, no queda expresado por una sincronía lineal, bien sea continua o discontinua. La densidad en la sincronía es inevitable en la medida en que el tiempo ya no está expresando transcurso sino articulaciones; así mismo, la diacronía no representa cortes en la línea sino segmentos del volumen. Un fenómeno histórico, cualquiera que él sea, es entonces una articulación explicada y explicable por una relación densa.

La historia, o tiempo social, es posible de ser aprehendida y explicada desde estas particularidades siempre y cuando la mirada no se pierda en los detalles de las manifestaciones o anule el "efecto de laboratorio" que presenta el pasado para el historiador. Así mismo, la historia como conocimiento de la propiedad expansiva de la naturaleza a escala social es posible en la medida en que el hombre, mediante el desentrañamiento de su experiencia del tiempo, lo asuma como propiedad factible de ser conocida y manipulada. El futuro depende no tanto del control sobre los ordenamientos sociales, o poder social, como de la capacidad que tenemos para actuar con conciencia sobre la causalidad de dichos ordenamientos♦



La Radio Universitaria,
con lo clásico de todos
los géneros musicales.

Carrera 7a. N° 40-62, Edificio Pablo VI
☎ 285-21-86 y 285-23-49, Fax: (91) 288-2335
Bogotá, D.E.